

FILMS de AMOR

LA JAULA DE ORO



Num.
292

Ctms.
25

Loretta Young - Jean Harlow - Robert Williams

Pronaganda

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona



AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 292

LA JAULA DE ORO

Narración novelada de la película del mismo nombre, interpretada por la simpática artista

JEAN HARLOW

Narración de HARRY BALTYMORE

PRODUCCIÓN COLUMBIA

DISTRIBUCIÓN

ARTISTAS
ASOCIADOS

Rbla. Cataluña, 62-Barcelona



REPARTO

Anne	JEAN HARLOW
Stewart	Robert Williams
Linda	Loreta Young

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

En Nueva York, como en todas las grandes capitales del mundo, existen cierta clase de diarios que viven principalmente de dar a la publicidad cuantas noticias escandalosas pueden llegar a sus manos, siempre que éstas se refieran a personas pertenecientes al gran Mundo Social. Y entre los que figuraban en primer número por sus sensacionales informaciones era el diario "Crónica".

Hacía unos días venía murmurándose cierto escándalo referente a la familia Schuyler, con motivo de un rompimiento matrimonial de uno de los hijos y el director de "Crónica" se hallaba verdaderamente nervioso, al ver que todas sus investigaciones no habían dado todavía el resultado apetecido.

Para saber de fijo qué era lo que había ocurrido, mandó llamar a uno de sus repórteres, a un tal Stewart Smith, un muchacho, listo como una ardilla, más simpático todavía y aun más dejándose en su forma de vestir.

Cuando le comunicaron que lo llamaba el director, estaba entretenido con una preciosa chiquilla y compañera de redacción llamada Linda y se levantó de mal humor, exclamando:

—Vamos a ver qué tripa se le ha roto hoy a Conroy.

Entró en el despacho de éste y el director le dijo inmediatamente:

—¿Te gusta la sociedad?

—Algunas sociedades... no todas—respondió bromeando el muchacho.

—Déjate de bromas y vamos al grano. ¿Sabes que Schuyler se arregló por fin con Gloria Golden?

—¿Cuánto le dieron a ésa?—preguntó el repórter extrañado.

—Precisamente para que averigües eso es para lo que te he llamado—le respondió el director—. Es preciso entrevistar a los Schuylers. Aféitate, cepíllate un poco el traje y procura conseguir que te reciban.

—Está bien—exclamó Stewart—, ahora mismo iré para allá.

Volvió a salir del despacho del director y se encaminó directamente hacia la suntuosa mansión de los Schuylers.

En pleno barrio aristocrático, según correspondía a su gran fortuna, vivía la familia Schuylers, compuesta por la mamá, una señora que tenía la manía de los nervios, su

hijo Edward, promotor de aquel escándalo y Anne, una linda muchachita de veinte años, acostumbrada a todas las excentricidades, sin darles la menor importancia.

Anne era en todo y por todo lo que se llama una muchacha moderna; aficionada a los deportes, a las fiestas, a las reuniones en los sitios donde asistía la gente chic y a la frivolidad y coquetería tan propia de la alta sociedad.

Se hallaban en aquel momento, en lo que pudiéramos llamar consejo familiar y el abogado después de dar cuenta del resultado de sus gestiones, exclamó:

—Esa mujer no se aviene a nada.

—Y las cartas, dónde están?—preguntó la madre.

—Es imposible obtenerlas—respondió el abogado—. Esa Gloria Golden es una pantera.

—No sé a qué viene tanto escándalo por seis cartas?—exclamó Edward Schuyler, sin darle importancia al hecho.

Anne tomando a broma aquel asunto exclamó alegremente:

—En vez de escribir debiste telefonearle... Resulta siempre más cómodo y menos comprometido... ¡Si yo escribiera estaría perdida!

Su madre la miró severamente y luego exclamó:

—Por culpa de vosotros tendré que abandonar el país.

—No te apures, mamá—exclamó riendo Anne—. Eso resulta delicioso. ¡Con las ganas que tengo yo de viajar!

En aquel instante entró un viejo criado de la casa y la señora Schuyler le preguntó:

—¿Qué pasa, Smith?

—Señora, los repórteres esperan.

—Dexter—exclamó dirigiéndose al abogado—. Dígales que aquí no ha pasado nada.

—No se apure, señora—respondió el abogado—. Déjelos de mi cuenta.

Y volviéndose al criado le ordenó:

—Que pase primero el de “La Tribuna”.

Salió el criado y en el hall gritó:

—Que pase el repórter de “La Tribuna”.

El aludido se contoneó ante Stewart y le dijo:

—No es necesario que esperes más; compra mañana “La Tribuna” y copia mi artículo.

—No me importa que el mío salga después—respondió Stewart—tus artículos nadie los lee.

El redactor de “La Tribuna” entró a donde estaba reunida la familia y el abogado lo cogió por su cuenta, llevándoselo a un rincón de la sala y le dijo:

—Yo conozco al director de “La Tribuna”, estudiamos juntos en la Universidad y ade-

más soy uno de los más fuertes accionistas de ese periódico. Actualmente represento como abogado a la señora Schuylers.

—¿Es usted abogado?... ¿No sabe lo que me alegro?—respondió el redactor—precisamente vengo a averiguar...

—Sí, ya lo sé—le atajó el abogado—pero esos rumores son falsos.

Sacó un sobre del bolsillo en el que había introducido antes un billete de cincuenta dólares y mostrándoselo al repórter le dijo:

—Yo he preparado una historia completa de todos los hechos... ¿Ve cómo los rumores son falsos?

—Ya lo veo—exclamó el reporter cogiendo el billete y guardándoselo—. Con esta información me basta... Buenas tardes.

—Recuerdos al director—le dijo el abogado despidiéndolo.

Llamó nuevamente al criado y le dijo:

—Que pase el otro.

Inmediatamente pasó Stewart y lo primero que vió fué a Anne. Quedó un instante parado ante la belleza de la joven y finalmente preguntó:

—¿Estoy ante los Schuylers?

Se fijó en que la madre de Anne estaba rompiendo unos papeles y preguntó intrigado:

—¿Rompiendo papeles molestos?

El abogado intervino llevándoselo al mismo sitio que al otro redactor, y le dijo:

—La han puesto nerviosa esos rumores que corren... Ya todo está arreglado...

—La Golden pide veinte mil dólares, ¿verdad?

—¡Diez mil nada más!—exclamó indignada y sin poderse contener la señora Schuylers.

—No lo sabía, pero muchas gracias por la información, señora.

—Hágase usted cuenta de que no ha dicho nada—intervino el abogado—. Yo para abreviarle he preparado este resumen del caso...

Y le enseñó un billete de cincuenta dólares, que hizo exclamar a Stewart:

—Nunca dé cincuenta dólares a un periodista porque creerá que es falso. No están acostumbrados a tener tanto dinero...

—El de “La Tribuna” lo aceptó—exclamó sorprendido el abogado por la negativa del redactor.

—Bingy acepta todo lo que le den para luego seguir hablando mal de todo el mundo. Yo por lo menos diré la verdad. Diré que sólo le han ofrecido ustedes diez mil dólares...

La señora Schuylers irritado ante la frescura de aquel periodista no pudo contenerse y le dijo al abogado:

—Dexter, di a ese hombre que se vaya!



Leyeron la información que había publicado.

Anne, comprendió que aquel hombre era mucho más listo de lo que parecía y atraída además por su simpatía, quiso ganarlo coquetamente y se acercó a él diciéndole:

—No le haga caso a mamá... Está tan nerviosa...

—Yo nunca me ocupo de las mamás, señorita—respondió Stewart.

Anne sonrió ante la contestación y volvió a decirle:

—¿Quiere usted callar todo cuanto ha oído... aunque sólo sea por mí? Le suplico que no publique nada.

—¿Qué no haría yo por una mujer como usted? — respondió galantemente Stewart. — Todo menos dejar de publicar una noticia interesante.

Y ante la extrañeza de los reunidos cogió el teléfono y comunicó con el director cuanto había podido indagar en casa de los Schuylers.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

El éxito de la temporada
MERCEDES

Producción nacional - Novela
amorosa con tangos y cancio-
nes de sabor popular

Creación de José Santpere, Carmen
Aubert, Rafael Arcos y Oquetrsa Planas

SEGUNDA PARTE

Al día siguiente los Schuylers leyeron en el diario la información que había publicado Stewart y Linda, que se hallaba con su amigo le dijo al joven:

—Cuánto debe odiarte esa Anne que dices, cuando haya leído tu artículo.

—Espero que no sea así—respondió Stewart—. Esta tarde iré a entrevistarla.

—¿Para qué?—preguntó Linda, sin poder contener sus celos, de los cuales no se dió cuenta Stewart—. Este asunto ya ha pasado...

—Pero es que yo estoy ardiendo. Desde que la vi no pienso más que en ella. Es preciosa. Tiene una nariz perfecta y te advierto que yo soy perito en cuestión de narices...

—Mi nariz también es bonita—se quejó Linda.

—Pero hay mucha diferencia entre esa mujer y tú—respondió el redactor.

—Quieres decir que yo no soy una mujer tan bonita como ella?—preguntó malhumorada la muchacha.

—Tú no eres una mujer para mí, Linda—exclamó el repórter—tú eres mi socio, mi compañero de trabajo... algo muy diferente.

Se levantó del lado de la joven, sin darse cuenta del daño que le había hecho con sus palabras y se dirigió a casa de los Schuylers, para darle una gran sorpresa a Anne.

El muy tuno, valiéndose de las amitades que tenía había conseguido apoderarse de las cartas de Gloria Golden y las llevaba consigo para entregárselas a Anne. Esperó un gran rato hasta que vió salir a toda la familia y cuando se convenció que solamente la joven quedaba en casa, entró decidido, preguntando al criado:

—Anúnciame.

—La señora no está en casa—respondió el criado, mirándolo altivamente.

—Ya lo sé—exclamó Stewart—me he estado esperando dos horas hasta que la he visto salir.

—Pues si sabe que no hay nadie en casa, ¿para qué quiere que le anuncie?

En este instante vió a Anne y señalando a ella, le dijo al criado:

—¿No hay nadie en casa?... ¿Y aquello, qué es?

Anne se acercó a donde estaba el periodista y mirándolo severamente le dijo:

—¿Qué desea usted?

—Pues que ayer, sin darme cuenta, me

llevé uno de sus libros y como soy un hombre honrado pensé que las cosas que no tienen valor hay que devolverlas... Se lo recomiendo.

—Muchas gracias—respondió secamente la joven—. Yo sé lo que tengo que leer. Puede retirarse...

—Está bien—respondió Stewart—. Yo le traía otro libro que tal vez le habría interesado... Se trata de unas cartas de su hermano.

—¿Cómo las consiguió?—preguntó extrañada la muchacha.

—Se las robé anoche.

—¿Y va usted a publicarlas?—preguntó alarmada Anne.

Anne creyó que quería venderlas y exclamó:

—Ya entiendo lo que quiere usted decir. Haga el favor de acompañarme a la biblioteca.

Stewart la siguió, admirando de cerca la belleza de aquella criatura y mientras iban a donde había indicado Anne, le dijo:

—Los indios van siempre detrás de las mujeres, para librarse de las flechas y de ellas...

Anne estuvo a punto de soltar la carcajada y en vista de que andaban ya cerca de cinco minutos sin llegar a la biblioteca, el periodista volvió a decirle:

—¿Por qué no pone un servicio de transvías entre la biblioteca y la calle?

La muchacha tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse seria y cuando llegaron por fin a la biblioteca, Anne abrió un cajón de la mesa, sacó un talonario de cheques y le preguntó:

—¿Tiene bastante con cinco mil dólares, por esas cartas?

Stewart abandonó la sonrisa que hasta entonces había estado hablando y le dijo:

—No haga esas cosas. Está bien que su abogado sea así, pero usted es algo distinto. No todo el mundo se vende, tome usted las cartas y en paz.

Anne le miró sorprendida y exclamó al fin:

—Muchas gracias. Cuando mamá sepa esto, lo va a besar.

—Besarme su mamá? — exclamó el reporter—. Deme usted las cartas.

Anne se echó a reír francamente y al fin le dijo:

—Qué raro es usted. Ayer le rogué que no publicara nada y no me hizo caso, y hoy me trae las cartas que tanto buscamos...

—Es que aquellas eran noticias y esto hubiera sido un chantaje.

—Vuelvo a darles las gracias y no sé como pagarle este favor, señor...

—Stewart—terminó de decir él—. Pero si



— ¿Le gustan?

quiere puede quedar en paz conmigo, invitándome a merendar.

— Con mucho gusto — respondió la muchacha llevándolo al comedor y dando orden de que les sirvieran la merienda.

Mientras comían, Stewart fué refiriéndole a la muchacha toda su vida y la gran ilusión que tenía por escribir un drama, que tenía medio trazado y terminó diciéndole:

— Espero que algún día mi nombre figu-

rará en los carteles de un gran teatro. Claro que no me enorgullecero por eso... yo soy muy sencillo, ni siquiera uso ligas.

— ¿Y por qué ese capricho? — preguntó riendo Anne.

— No es capricho — exclamó el joven —, es simplemente un símbolo de mi independencia. ¿Sabe usted cuál es mi mayor defecto? Pues mi mayor defecto es no ver bien... Fíjese usted que todavía no sé el color de sus ojos... Me permite usted que los vea de cerca.

Anne adivinó la intención del reporter y le dijo sonriendo:

— Acérquese, pero tenga cuidado.

Stewart se levantó de su asiento, se acercó a la joven y cogiéndole la cara cariñosamente se la quedó contemplando, hasta que ella le preguntó:

— ¿Le gustan?

Stewart estuvo a punto de besarla, pero consiguiendo dominar su emoción, exclamó decidido:

— Será mejor que me marche.

— Muy buena idea — respondió ella —, pero vuelva por aquí.

En aquel instante entró la señora Schuyler y al ver a su hija con el periodista, exclamó indignada dirigiéndose a éste.

— ¿Qué hace usted aquí?

— El señor Stewart vino a hacernos un favor — se apresuró a decir Anne.

—¡No quiero ningún favor de usted!—volvió a exclamar la señora Schuyler—. ¡Salga usted de aquí!

Anne se acercó al periodista y le dijo cariñosamente:

—Yo le explicaré el caso a mamá, vuelva usted mañana.

—Está bien—respondió sonriendo Stewart, —volveré cuando ella esté durmiendo.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

**la novela blanca preferida
por todas las señoritas.**

TERCERA PARTE

Y Stewart volvió al día siguiente, y al otros y así los sucesivos. Anne encontraba un placer inmenso con la compañía de aquel joven, a pesar de que los gustos de ambos se diferenciaban tanto. Contra la frivolidad y coquetería de Anne chocaba la franqueza y la despreocupación del periodista, aun cuando se vió arrastrado por la muchacha y tuvo que asistir a las fiestas y recepciones que daban las amistades de los Schuylers.

Conforme pasaban los días, Stewart se sentía más enamorado de ella, hasta que finalmente sin poderse contener le confesó el amor que por ella sentía y Anne, viendo en él un ser completamente nuevo, absolutamente distinto de los que hasta entonces había tratado, consintió el casarse con él.

A pesar de aquel casamiento de la gran fortuna de su mujer, Stewart era uno de esos hombres incapaces de perder su independencia y además odiaba a los que se aprovechaban de la fortuna de sus esposas para vivir



Tuvo que asistir a las fiestas y recepciones.

una vida holgazana a costa de ellas. Por esta causa siguió trabajando en el periódico, en contra de los deseos de su mujer, y una tarde, Linda se acercó a él en la redacción para decirle:

—¿Cómo vas en tu matrimonio, Stewart?

—Soy muy feliz—respondió el repórter—.

Quiero que conozcas a Anne.

—Pero ella no querrá conocerme—respondió la muchacha.

—Tú no sabes lo sencilla que es Anne— exclamó entusiasmado el periodista.

—Pero conozco que es una Schuyler y que nunca admitiría la amistad de una pobre muchacha como yo.

—Era una Schuyler—exclamó inmediatamente Stewart—; ahora lleva mi nombre.

—En este caso, el que ha cambiado de nombre no es ella, sino tú. Todo el mundo te conocerá por el marido de Anne Schuyler— volvió a decirle Linda.

—No lo creas—replicó molesto el muchacho—. Entre el dinero de Anne y yo no existe conexión alguna. Nos iremos a vivir a mi departamento y viviremos con el dinero que produzca el drama que voy a escribir.

—Pues yo creo que seguirás viviendo en aquella casa, lo mismo que un ruisenor en una jaula de oro, sin libertad... ¿Qué ha dicho la familia de vuestra boda?

—Yo no me casé con la familia—protestó Stewart—, me casé con Anne... En fin, ya hemos hablado bastante de esto.

Y cogiendo su sombrero salió de la redacción.

Al llegar a casa de los Schuylers encontró a su mujer y a su suegra juntas. Pensó que habría habido consejo de familia y más aun al ver que la señora Schuyler, al verlo le volvió la espalda y salió de la sala.

Stewart fué a preguntar a su mujer el mo-

tivo de aquel desaire, pero antes que pudiera hacerlo, Anne se abrazó a él y le dijo:

—Hace tres horas que no te veo, Stewart...
¿Ya empiezas a dejarme sola?

Las caricias de su mujer le hicieron olvidar todo y solamente pensó en el cambio de casa diciéndole:

—¿Cuándo nos iremos a mi departamento?
—¿Para qué cambiar de casa?—preguntó extrañada ella—. ¿Acaso no podemos vivir aquí?

—Ya sé que tu mamá nos daría toda la tasa—respondió con intención Stewart—, pero no la necesitamos... Oye, Anne, vamos a hablar en serio... ¿Crees que yo voy a vivir de tu dinero? No, Anne. Yo quiero vivir de lo que lo gane y no estar aquí como un pájaro en una jaula de oro.

Pero la coquetería de Anne venció una vez más la tenacidad del muchacho y sus besos y caricias le hicieron olvidar todos sus buenos propósitos de emancipación.

A la mañana siguiente entró Anne a su alcoba. Venía más hermosa que nunca y Stewart quedó admirado ante la belleza provocativa de su mujer. La joven se acercó felina-mente a él y le dijo:

—Te he traído un regalo. Mira.

Le mostró unas ligas preciosas, con sus iniciales bordadas en oro y Stewart exclamó extrañado:

—¿Para qué quiero yo eso?

—Para ponértelas—le dijo sonriendo Anne.

—Imposible, Anne — exclamó Stewart—.

Yo haré cuanto tú digas, menos ponerme ligas.

Pero Anne lo abrazó amorosamente, lo tiró sobre la cama y besándolo y acariciándolo como si fuera un chiquillo, consiguió ponerle las ligas, exclamando el periodista cuando las tuvo puestas:

—¿Pero es posible llevar ligas y ser honrado?

—Lo que no se puede es ser aristócrata y no llevar ligas—le dijo riendo Anne.

Y Stewart, fascinado por las caricias de Anne, ovidó todo cuanto había dicho acerca de su independencias para no pensar más que en la suerte que había tenido al conseguir el amor de aquella mujer.

Aquella tarde debía celebrarse una fiesta en casa de los Schuylers y Anne subió al cuarto de su marido, en vista de su tardanza, para decirle:

—Son las seis, querido... ¿Todavía estás ca-si sin vestir? Date prisa que los invitados ya han llegado y estás faltando.

Ella misma le arregló el nudo de la corbata y cuando lo dejó a punto volvió otra vez al salón.

Antes de llegar a él se encontró con Linda,



Ella misma le arregló el nudo de la corbata.

que había sido enviada por el periódico para recoger la lista de los invitados y le dijo:

—Pase usted y tome unas pastas, señorita... Luego le facilitaré la lista.

Linda se había arreglado con su mejor ves-

tido y ya iba a entrar en el salón cuando vió llegar a Stewart.

El muchacho corrió hacia ella y le preguntó:

—¿Qué haces aquí, Linda?

—Soy redactor de sociedad y he venido por la lista de los invitados. Ahora iba a entrar en el salón.

—No lo hagas—respondió a su vez Stewart.
—Te aburrirás. Ahí no hay más que viejos. Ven conmigo.

La cogió de una mano y se la llevó al jardín.

Cuando más animados hablaban los dos jóvenes, Linda vió a Anne que los expiaba y le dijo a su compañera:

—No vuelvas la cara. En la terraza hay una mujer que nos mira furiosa.

—¿Será mi mujer?—respondió Stewart y volviéndose hacia Anne.

Al ver que su mujer intentaba marcharse, la llamó diciéndole:

—No te vayas, Anne, que voy a presentarte a una amiga, quiero que conozcas a Linda, mi compañera de redacción.

—Nunca me dijiste que tuvieras una compañera tan bonita—exclamó su mujer con disimulada ironía.

—Te advierto que hasta ahora no me había yo fijado en eso. Verdaderamente, es verdad...

Nosotros como la tratamos como un compañero más...

—Ellos me tratan como si yo fuera un hombre — exclamó Linda, adivinando el pensamiento de la mujer de su amigo.

Este sin querer continuar más tiempo aquella conversación que le resultaba enojosa, se despidió de ella, diciéndole:

—Mi secretaria le entregará a usted la lista de invitados.

—Muchas gracias, señora—respondió Linda, comprendiendo que la despedían.

Al quedar solos los dos esposos, Stewart se encaró con su mujer y le dijo:

—Has hecho mal en tratar así a Linda... Debiste pensar que es mi amiga.

—Yo la traté bien... No creo que pienses que voy a estar de charla con todos tus amigos.

—Entonces iré yo a pedirle perdón—respondió Stewart, dirigiéndose al salón en busca de Linda.

Cuando la encontró pretendió excusar a su mujer diciéndole:

—Siento mucho lo que ha pasado, Linda. Te aseguro que es la primera vez que Anne se porta así.

Y los dos jóvenes, sin que ellos se dieran cuenta, se sintieron desde aquel instante mucho más unidos que nunca lo habían estado.

CUARTA PARTE

Pasados los primeros impulsos de aquella pasión que Stewart despertó en Anne, la joven aristócrata fué comprendiendo lo equivocado que era su casamiento y al mismo tiempo el periodista se daba cuenta de que lo que le había dicho Linda era verdad. El no era en aquella casa más que un pájaro encerrado en una jaula de oro, sin voluntad propia para nada.

Los días iban sucediéndose y la frialdad entre los dos esposos iba siendo cada vez mayor. Para Anne su casamiento con Stewart había sido uno de sus muchos flirts y ya empezaba a sentirse hastiada de aquel hombre a quien no había podido hacer cambiar en sus costumbres.

Una tarde mientras que su esposa y su familia había salido de paseo, Stewart tuvo la

ocurrencia de invitar a varios de sus amigos a su casa.

Acudieron en tropel y pronto invadieron toda la casa, bebiendo en abundancia y armando un girigai de mil demonios.

Cuando mayor era el jaleo se presentó Anne y su familia, quienes al ver aquello ordenaron que salieran inmediatamente de la casa.

Anne y su esposo subieron a sus habitaciones y Stewart preguntó a su mujer:

—¿Por qué habéis echado a mis amigos?

—Porque tengo derecho a ello—respondió Anne—. ¿Crees que voy a permitir que mi casa se convierta en una taberna?

Stewart se quedó mirando a su mujer y finalmente le dijo dolorido:

—Eso que has dicho es injusto, Anne.

—Y lo que has hecho es de una frescura ilimitada—exclamó irritada Anne.

—Está bien—terminó diciendo su marido—. ¿No crees que tengo derecho a invitar a unos amigos a mi casa?

—A tu casa?... ¿Desde cuándo esta casa es tuya?

—Es verdad—exclamó indignado Stewart.

—Por un momento olvidé que es tu casa. No me di cuenta que yo aquí no soy más que un huésped y como no me gusta vivir en hoteles me voy. Hace tiempo que debí hacerlo.

Empezó a sacar su ropa y mientras que

arreglaba su maleta, Anne exclamó sorprendida:

—Tú no puedes marcharte así.

—¿Quién va a impedírmelo? — le gritó Stewart—. Me voy a vivir con mi gente, lejos de este palacio, donde hasta se cuenta la vajilla después que he comido.

Anne comprendió que había ido más lejos de lo que debía y exclamó:

—No te sulfures, Stewart. Hablas como un chiquillo.

—No me importa serlo. Si de veras me quieras tendrás que salir de aquí y vivir conmigo en mi casa.

Y sin esperar a más salió de aquella jaula de oro donde había estado encerrado durante tanto tiempo para vivir en su departamento de soltero.

Al día siguiente al saber Linda lo que había ocurrido fué a buscarlo y trató de hacerle compañía.

Hacía varias horas que los dos muchachos estaban juntos, cuando se presentó el abogado de los Schuylers y preguntó:

—¿Puedo hablar con usted a solas un momento?

—Si no piensa molestarme mucho rato, siéntese—le dijo el periodista.

El abogado tomó asiento y empezó diciéndole:

—¿Sabe usted a lo que vengo?

—¿Acaso desapareció la vajilla y cree usted que yo me la he llevado?—preguntó burlonamente el repórter.

—No sea así y escúcheme—insistió el abogado.

—Hable usted de una vez y diga lo que desea—insistió nerviosamente Stewart.

—Pues se trata de que Anne me ha enviado para arreglar el asunto del divorcio.

—Está bien, por mí podemos divorciarnos cuando se le antoje... Mejor hoy que mañana.

—¿Y cómo arreglaremos la parte monetaria?—preguntó el abogado.

—Yo tengo 10 dólares, si ella quiere pude darles la mitad. Es todo el capital de que dispongo...

—No, no es eso—insistió el abogado.

—Entonces no le comprendo.

—Anne quiere saber cuánto pide usted por el divorcio.

—Mire usted—le dijo el periodista mirándolo airadamente—. Antes de que pierda el sentido quiero que recuerde esto que le voy a decir. Yo soy uno de los pocos hombres a quien no es posible comprar... Diga usted a esa señora que yo no me casé con ella por el dinero y que le daré el divorcio gratis...

De un empujón puso el abogado en la calle y cerró violentamente la puerta.



—Siempre te quise.

Entonces volvió a salir Linda y le preguntó:

—¿Qué quería ese hombre?

—Comprarme para que le otorgue el divorcio a Anne.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues le he dado un empujón y le he puesto en la calle, después de decirle que por mí puedes divorciarse Anne hoy mismo.

—¿Y por qué esa precipitación?—preguntó Linda.

Stewart la miró fijamente, la atrajo hacia él y le dijo:

—Porque me he dado cuenta de que tú eres mujer y eres la única a quien yo he querido siempre...

—¡Stewart!—exclamó ella sorprendida.

—¿No me quieras tú a mí?—preguntó el reportero sin soltarla del abrazo en que la tenía.

Linda sonrió dichosa, ante aquella declaración que hacía tanto tiempo que deseaba y respondió:

—Siempre te quise con toda mi alma.

Y el ruiseñor que durante algún tiempo se vió encerrado en una jaula de oro, encontró la dicha y la libertad en los brazos de aquella mujer de su misma clase y con la que únicamente podía conseguir la verdadera felicidad, que otorga un amor recíproco.

FIN

CANCIÓNERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan

32 Páginas de texto: 30 cts.

VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO

Carlos Gardel	Custodia Romero
Imperio Argentina	Emilio Sagi-Barba
J. Mac Donald	Marcos Redondo
José Mojica	Marlene Dietrich
Roberto Rey	Agustín Irusta
Blanca Negri-Alady	Luisita Esteso
Enriqueta Serrano	Olvido Rodríguez
Felisa Galé	Josefina Baker
Celia Gámez	Juan B. Giliberti
Orquestina Planas	Conchita Piquer
L. Harvey-H. Garat	Gaynor - Farrell
Maurice Chevalier	Olimpia de Córdoba
Rampér	Imperio Argentina
Azucena Maizani	Nuevos tangos
Mario Visconti	Goyita Herrero
El Cante Jondo	Raquel Meller
Carlos Gardel	Elvira de Amaya
Dolly Haas	Argentinita
Lupe Rivas Cacho	Miguel Fleta
Mercedes Serós	Meg Lemonnier

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" Apartado 707
BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correos. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

A LOS COLECCIONISTAS

DE

Cancionero Popular

Esta publicación que logró la mayor simpatía y favor de sus bellas lectoras y simpáticos lectores, habiendo publicado

39

NUMEROS

distintos, dedicados a otros tantos artistas favoritos, insertando siempre las primicias de las letras más en boga de los tangos, films sonoros, canciones, zarzuelas, cante jondo, jotas aragonesas, etc., etc., después de agradecer el constante favor que le han dispensado sus simpatizantes, como broche de oro ha publicado un número extraordinario y último, dedicado a los ídolos

IMPERIO ARGENTINA

CARLOS GARDEL

en ocasión de su nueva creación
del film sonoro

MELODIA DE ARRABAL

Precio: 60 céntimos

CANCIONERO POPULAR No dice ¡Adios!
Dice... ¡Hasta luego!

Selección de Films de Amor



La novela
predilecta
de las bellas

PRECIO
50 céntimos
■■■ tomo ■■■



MARAVILLOSA
ESTUPENDA

SELECTA
EMOCIONANTE



REMITA el importe
en sellos de correo
y cinco céntimos
para el certificado.
Franqueo gratis.



PEDIDOS A EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona